

Tinta mía

De Alex Calvi

La noche había transcurrido sin los habituales sobresaltos. Sus fantasmas parecían dispuestos a dormir después de tantas batallas, el teléfono celular descansaba mudo e inmóvil en un rincón. Los vecinos del frente habían consensuado una tregua que hacía sentir ajeno ese silencio otoñal y hasta los felinos del barrio habían postergado sus altercados pasionales. Adentro, el resplandor de la llama artificial y el tempo casi maquinal de la gotera en el cielo raso. Afuera, un aguacero de mil demonios que no daba tregua; pero vamos – pensaba- es mejor que llueva crocante cuando uno no se gana la vida podando árboles ni acaba de pinchar la rueda del vehículo. Incluso se lavó los dientes esperando un chispazo al prender la luz, y fuego incontrolable y bomberos bajo la lluvia. Pero no. Agua fría y caliente, suministro eléctrico sin interrupciones, pomo de pasta dental con su tapita enroscada, toalla seca y colgada, encendedor con llama, taza limpia. Frunció el ceño algo desconcertado, aunque no tardó en habituarse a lo que cuesta poco habituarse. Le dio dos o tres sorbos al té con temperatura perfecta mirando por la ventana una lluvia perfecta.

Al cabo de un rato ya no le costaba trabajo concebir la vida sin un conflicto intrascendental y gratis. Tan así, que la primera mancha en el borde de la taza la ignoró con natural distensión. Tampoco se puede pasar de la asimilación de la calma a la paranoia total así porque sí, y uno no va a salir corriendo en un ataque ante cada manchita que vaya dejando, aunque sea una manchita violeta. Todavía más líquido que mancha, de a pequeñas cantidades las lagunitas tamaño gota esmerada aparecían entre sorbo y sorbo sobre la mesa de vidrio, como si en medio del glaciar fuera dejando pequeños pasteles para algún marsupial dulcero. Las limpió con la manga de su pulóver gris (que conocía manchas de todos los planetas) y volvió a hundir la mirada en la lluvia insípida. Se acordaba del frío penetrante de sus jornadas laborales y le daba placer escuchar ese afuera con ráfagas mojadas, que un poco le helaban el espíritu hasta que se acercaba al fuego. Pensó que nada lo movería del sillón esa mañana. Se decidió por fin a terminar ese té que le había hecho olvidar por un rato su existencia miserable, y tras el último sorbo tuvo la mala idea de poner los ojos en el fondo de la taza. Un nubarrón diminuto en la

mesa no amerita el pánico; pero entre la taza y la mesa, entre la mesa y el interior de la taza hay una distancia indisimulable. Su té había comenzado siendo un té color té -como todos los té- pero el trago final fue enteramente violeta. Las deducciones eran obvias y lógicas: alguna especie de té que a medida que se enfría, y algún movimiento brusco derramado sobre la mesa, etcétera. Nada descabellado, fácilmente comprobable mediante la sencilla tarea de hacer un nuevo té. Las hipótesis del caso pronto fracasan, el agua hierve y el naciente té se muestra arrogantemente oscuro durante un largo y tensionante lapso. En ese momento ya está convencido de que ni manchita ni nada, el problema es la necesidad de crear un problema, y se dispone a retomar el lugar de contemplación frente al ventanal. Es ahí, en pausa, sentado en el aire antes de llegar al sillón, que descubre que la cosa es seria. Como saludando, en medio de la lluvia rota contra la ventana, se alza una gran palma violeta como una isla en medio del gran vidrio. Es su propia firma, de seguro registrada en una de las aproximaciones al cristal mientras el té. Por supuesto su primera reacción fue mirarse las manos, que tenían la misma cara de siempre, y la segunda fue refregar la mancha en la ventana, que ahora no tenía el contorno de una mano sino grandes surcos violáceos de borde a borde. Las pesquisas fueron aleatorias y desesperadas. En algunos lugares encontró sus restos violetas pero en otros nada: el cepillo de dientes era una mezcla de colores y fluidos pero la toalla mantenía su descolorido natural. Las sábanas tenían rastros en todas las formas, la almohada había calcado sus ojos cerrados del color indeseado. Empezó a transpirar pero aún no quiso llorar. Esta tinta mía –se dijo- por fin desborda imparable. Corrió hasta el espejo. Sus nervios lo derretían en un sudor violeta que empezaba a inundar los blancos azulejos. Su cara, como en una pesadilla infantil, chorreaba espesos mililitros de colores, y sus lágrimas se fundían entre la consistencia de su piel. Abrió la puerta de calle y salió corriendo bajo una lluvia que aceleraba la desmaterialización. Arrodillado, rendido y humillado pensó que en sus días de desgracias al menos había tenido la dicha de ostentar un cuerpo firme y estable, que ahora le estaba pasando la cuenta por cada una de sus amarguras. Y ahí, en una esquina cualquiera, frente a una multitud que miraba atónita bajo sus paraguas cargados, su esencia entera se licuó lentamente, se fundió como chocolate caliente bajo una lluvia que arrasaba.

Nombre de la obra: "SILENCIO CIEGO"
Pseudónimo: Adrien Vilicik

Aquella mañana no fue una más. El verano la invitaba a dejar a un lado el desasosiego al que se había acostumbrado, durante las primeras noches de diciembre, así que volvió a calzarse las sandalias de goma transparente, que invernaron varios meses en el fondo del placard. Ya en la estación, miraba sin ver la huida de escalones que descienden y se aplanan, para regresar a escondidas y volver a trasladar otras suelas, igualmente anónimas y sucias. Un bostezo la sorprendió en el instante previo a estirar el empeine. Repitió el saltito de cada día y se fundió en la multitud. Ágil y sigilosa, ganó la ventanilla y ahora fue un suspiro lo que antecedió el principio del mal. Una mujer cabizbaja irrumpió entre un grupo de escolares. Ella se quitó las gafas, ignorando que todas las noches, en la oscuridad del desvelo, volvería a verla. Siempre tan real. Cruda. Siempre, por última vez.

Los anteojos que acababa de guardar eran un regalo materno, para suplir a un viejo par con cristales fotocromáticos que olvidó vaya a saber dónde (aunque estaba prácticamente segura de que los llevaba consigo un domingo de primavera en que las chicas de pilates la invitaron a un picnic en el campo de Agronomía, y al cual accedió a ir sin demasiado entusiasmo). Le costó acostumbrarse al polarizado, pero no había dudas de que la visión era más clara y nítida. Eran cómodos, cancheros, circulares y amplios, de marco bordó.

La pasajera recién llegada se detuvo a su izquierda. Fue menor la molestia, o la incomodidad burguesa, de tener que fingir un ademán cordial ante la cercanía de los brazos, que el fastidio que le produjo el sudor ajeno rozándole la piel. Sollozó fugazmente. Un temor inaudito la obligó a cerrar los ojos. Bajó en Pichincha. La dama caminó detrás. Las puertas se cerraron, el tren se fue y, al divisar el resplandor de la locomotora que llegaba en el otro andén, la mujer apuró súbitamente el paso, empujándola y haciéndola trastabillar. Al levantar la vista, se miraron fijamente. El presente era otro; ahora estaban enfrentadas, mirándose por un momento eterno. El maquinista, como sucede en la

mayoría de estos casos, no logró evitar el impacto. La mujer se había arrojado de espaldas y su cuerpo, sin vida, era un manto ensangrentado. Se oyeron gritos y una alarma intermitente. En medio de la conmoción, registró que le faltaban los anteojos. Se palpó el pecho y la frente. Revisó el bolso y confirmó la ausencia. Pensó fugazmente en el césped de la facultad, en los perros y niños corriendo, y en la serenidad bucólica del molino que acuna las barreras del ferrocarril Urquiza. Insultó sin hablar. Ahora estaban bajo el tren, dentro del puño sin vida que los había ultrajado, sólo un momento antes de dejarse morir.

Por la tarde, regresó a su departamento fatigada y sospechó que podría estar enferma. Las ojeras que le devolvió el espejo la entristecieron repentinamente. Tuvo ganas de vomitar. Se desmoronó en la cama y tiró las sandalias al piso. Una brisa entró por la ventana y el terror la atrapó furtivamente, cómo si hubiera quedado encerrada en una jaula para pájaros. Con reflejo mecánico desbloqueó el celular y se sorprendió ante tantas llamadas perdidas de *Mamá*. Se le erizó la piel. La llamó, pero no contestaba. Revisó el contacto de WhatsApp ("Últ. vez hoy a las 7:38 a.m."). A esa hora ella estaba en el subterráneo, yendo a trabajar. El teléfono vibró violentamente en la palma de su mano: "*número desconocido*". El miedo casi le impedía atender. Estaba muy asustada.

- *¿Quién habla?* - interrogó con un hilo de voz, desdeñando cualquier cortesía.

Hubo un silencio ciego.

-*Tu madre sufrió un accidente esta mañana...*- una voz femenina, gruesa y convincente, murmuró en su oído.

Una lágrima hizo que mire la mesa de luz y, al abrir el cajón para tomar un pañuelo, vio también el par de anteojos polarizados. Circulares y con rayones que despintaban el bordó original. Les faltaba un vidrio; el otro estaba arruinado. Una mancha de sangre, casi seca, ensuciaba el marco superior.

Título: Negación – **Seudónimo:** Pluma poética

El sonido de la pava indicaba que el agua estaba a punto de hervir. Sonia, con el sueño a cuestas, trataba de preparar el café de la mañana. “Debo tener el pelo hecho un desastre”, pensó. Los párpados le pesaban, sus ojos color café trataban de entender las noticias que le mostraba el celular. Sus manos descuidadas sujetaban la taza y aprovechaban el calor para entibiarse. Descuidadamente, pero repitiendo la rutina le habló al retrato, que estaba enmarcado en fina madera de tilo. Allí estaba Federico, con su mirada seria, su traje muy prolijo, la corbata bien anudada, en un tiempo no muy lejano y antes de hacer las valijas y marcharse. “¿Volverá?”, pensó. - ¿Volverás?, le preguntó a la foto. Por supuesto no recibió ninguna respuesta, pero quedó con la mirada fija como si la esperara. Tocó el anillo de matrimonio que seguía en el dedo adecuado y se sintió muy sola. Ya nada era igual, pero la vida continuaba. Tomi, el gato amarillo, que sustituyó a los hijos que no llegaron, interrumpió la meditación. -Ven aquí lindo. Te toca el desayuno- le dijo Sonia. Mientras vaciaba un sobre de sardina con salsa en el plato del gato, vio con alegría que el picaporte se movía un poco y otro poco, hasta detenerse. Quería creer que Federico volvía, con su permanente sonrisa y sus palabras coherentes. Pasó un interminable minuto sin que la puerta se abriera, sin que su amado entrara triunfante sin pedir permiso, porque esa era su casa; sin necesidad de pedir perdón, porque ella ya lo había perdonado. Fue entonces que su mente entendió que estaba viviendo un espejismo, que la esperanza traicionaba a la realidad, mostrándole lo que no sucedía. Otra vez la extraña sensación de haber vivido esa situación, de haberla repetido varias veces en los últimos cinco días. ¡Como no saber cuántos días habían pasado! Sus fallos cerebrales eran coincidentes con la desaparición de Federico, mejor dicho, de su ida. - ¿Me estaré volviendo loca? - pensó. Recobró el aplomo y una sonrisa asomó a sus labios finos, los que ocultaban una dentadura perfecta. -Bueno, si se fue, que se joda. No sabe lo que se pierde- le contaba a

Tomi. Entonces una lágrima se deslizó por la mejilla, y luego otra y otra, continuando con un llanto de desesperación rozando el miedo. Pasaron varios minutos hasta que pudo contenerse y recobrar la calma. Si alguien pudiera verla se daría cuenta de los constantes cambios de humor y de actitud, claras señales de que estaba cruzando el umbral que separa la cordura de la locura. Sonia siguió con los preparativos para salir rumbo al trabajo, con la intención de regresar a la salvadora rutina que la alejaría de la soledad, la tristeza y la desesperación. Lamentablemente, como en los último cinco días, a último minuto se arrepentiría dejando la cartera sobre el sillón y la ganas de continuar viviendo sobre la cama, la cual ocuparía hasta la noche. Caminando hacia el dormitorio se detuvo ante la ventana viendo como las nubes se agrupaban anunciando tormenta. Notó que en el jardín las flores se estaban apagando y la angustia se dejó sentir. Corrió a la cocina con un objetivo claro, tomar el cuchillo, cortarse las venas y dejar de sufrir. La mano trató de abrir el cajón, pero el cerebro se lo impidió. Quedó desconcertada, sin saber cómo seguir, con el corazón herido latiendo desmesuradamente. Fue entonces que la conciencia le mostró con claridad como habían pasado las cosas. Las imágenes de lo sucedido pasaron rápidamente ante sus ojos, como diapositivas suspendidas en el aire y que danzaban ante sus ojos. Su rostro se iba transformando a medida que la historia regresaba para aclararle las ideas. De una asombrosa desorientación pasó a un estado de terror total, sabiendo que ya no podría reponerse. “Eso no pasó así”, repetía ante cada recuerdo revivido. Cerró los ojos, sabiendo que al abrirlos todo sería calma y felicidad, pero al hacerlo se dio cuenta que el horror seguía con ella, palpable y aplastante. Entonces gritó con todas sus fuerzas y se desmayó. En ese momento, Tomi, como todo gato satisfecho y curioso se encontraba en el sótano, con ganas de explorar y encontrar algo con que pasar el tiempo. Se sentía a gusto en ese lugar oscuro, húmedo y caluroso, mientras jugaba displicentemente con la corbata de Federico, que sobresalía por debajo de la tapa del freezer.

LA CASA AZUL

¿Cuándo podría acabar de redactar mi historia? Aquella cuestión rondaba mi mente cuando me senté frente a la máquina de escribir sin que se me ocurriera nada. Y es que un día me quedé sin palabras. Podía permanecer horas frente a la máquina y que ninguna frase brotara de mis manos. Había ocasiones en las que un atisbo de creatividad volvía a mi mente y me permitía escribir un par de oraciones. Oraciones que al leerlas no tenían sentido alguno. Arrugué el papel, frustrado, y lo tiré al piso. Ya estaba anocheciendo, así que decidí cepillarme los dientes para descansar un poco la mente.

Esa noche soñé con una casa azul. El azul estaba desgastado y la vivienda tenía dos pisos. El patio era enorme y parecía que el pasto no se cortaba hace años. Lucía abandonada a no ser por la luz que emitía un bombillo de una de las habitaciones del último piso. Había algo familiar en esa casa que me invitaba a acercarme.

A paso lento me aproximé pisando la maleza que me llegaba hasta la cintura. A medida que la distancia disminuía, un olor vomitivo se hacía cada vez más fuerte. Era como si algo se estuviera pudriendo ahí adentro.

Al abrir la puerta, esta hizo un chirrido espeluznante que me hizo preguntarme si realmente quería entrar a ese lugar. Haciendo caso omiso a mi intuición, ingresé al comedor. Sobre la mesa yacía comida que alguien había cocinado hace meses. El papel tapiz estaba hecho jirones y el piso de madera estaba desgastado.

Me abrí paso por ese espacio hasta toparme con las escaleras que llevaban al segundo piso. El recorrido me resultó largo. A medida que avanzaba un escalón, las piernas me pesaban cada vez más.

Cuando llegué al segundo piso, ante mí se extendía un pasillo angosto y oscuro. A medida que me adentraba, el olor a encierro y a podrido se hacían más potentes. Al final del corredor

podía visualizar la habitación que había visto desde afuera. La puerta estaba abierta y un único foco iluminaba la estancia.

Cuando llegué a la entrada pude dar un pequeño vistazo de lo que había adentro. El piso era prácticamente invisible, hojas viejas estaban tiradas por todos los rincones de la habitación, incluso de la cama. Pero, un olor extraño se coló por mis fosas nasales. Olor que me hizo retroceder y chocar con algo sólido como una pared. Algo me clavó unas uñas largas y podridas en el hombro, perforándome la piel. Podía notar su respiración cerca y podía oler su aliento gélido. Ese otro se acercó a mi oreja y se detuvo ahí antes de susurrar:

–Seguí escribiendo–

Desperté agitado. El hombro derecho me ardía y cuando me vi en el espejo del baño, una cicatriz lo recorría de adelante hacia atrás. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, pero cuando observé por la ventana, la luz ya se estaba retirando del cielo. Estaba volviendo a anochecer. Así que, antes de que la última gota de luminosidad se retirara del cielo, decidí seguir escribiendo mi historia.

Escribí y escribí, tomando inspiración del hombre de mi sueño. Cada historia era distinta, la primera se trataba de un extraño abuelo que asesinaba a aquellos que entraban a su propiedad, la segunda era sobre un hombre que había fallecido hace años y necesitaba cumplir su última voluntad, y la última sobre un escritor frustrado que había perdido la habilidad para escribir.

La última me había causado mucha gracia, sin embargo, ninguna de las ideas me habían logrado satisfacer.

Cuando terminé de redactar esas historias, ya era de madrugada y los párpados me pesaban.

Así que antes de escribir otra palabra en la máquina, me quedé dormido sobre la mesa.

Esa noche volví a soñar con el hombre y la casa, pero esta vez ella había cambiado. El comedor era más pequeño y ya no tenía cocina., y el pasillo era todavía más largo que antes.

En esta ocasión el hombre me volvió a atrapar antes de siquiera llegar al marco de la puerta.

El sujeto de la casa azul tiró de mi pelo y se acercó todavía más mi oído.

–Tenés que seguir escribiendo–

Se volvió un sueño recurrente. Mis días se alternaban entre escribir contenido basura y tomar varias tazas de café para no tener que soñar con ese hombre que me daba tantos escalofríos.

A veces soñaba que partes de la casa cambiaban de lugar, que la cantidad de hojas en el piso aumentaban o disminuían, que la casa azul rejuvenecía o envejecía... Lo único inmutable en mis sueños era la aparición de ese hombre, siempre vestido igual, con un viejo saco negro cubierto de sangre seca que le llegaba hasta las rodillas y una barba sucia larga hasta el pecho. Siempre me detenía antes de llegar hasta la habitación del único foco, siempre me despertaba con una lastimadura nueva. Podía jurar que algunas de mis heridas ya se estaban infectando.

Pero un día fue diferente. Pude avanzar con la historia y el resultado me había parecido el mejor de hace semanas, ¿o fueron meses? Y ese día creí que, al escribir algo que podría tener futuro, la casa azul y el hombre que vivía en esa casa dejarían de molestarme.

En algún momento debí de haberme quedado dormido porque desperté en el patio de la casa azul. Me levanté y la frustración y la ira inundaron mi mente. Con lágrimas de bronca ingresé al comedor. La casa estaba impecable. Sobre la mesa había un manuscrito titulado “la casa azul” y un plato vacío con dos cubiertos que parecían nuevos. Tomé el cuchillo porque si ese hombre podía hacerme daño en sueños, quizás, yo también podría hacerlo. Además, quería que dejara de molestarme por una buena vez.

Subí silenciosamente las escaleras. El pasillo era mucho más oscuro y angosto que antes. Lo que me pareció extraño era que no había ni en el pasillo ni en el resto de la casa ninguna hoja tirada. Las únicas que había visto en la vivienda eran las del manuscrito que se encontraba

sobre la mesa. Recorrí con precaución el largo corredor, para que el hombre de la casa azul no me encontrara.

Yo quería ver qué había en esa habitación, así que cuando estuve frente a la puerta no dudé ni dos veces en abrirla. La habitación estaba impecable, no había ninguna sola hoja en el piso. Había una máquina de escribir sobre una mesa, una cama y un espejo. Me acerqué a la mesa y tomé el texto de la máquina de escribir. Se titulaba “la casa azul” y era la historia que había escrito el primer día que había soñado con ese extraño sujeto. Pero este manuscrito estaba completo, tenía más hojas de las que yo había usado. Antes de que pudiera seguir leyendo, el hombre de la casa azul me clavó las uñas en el hombro izquierdo. Pero, en esta ocasión me defendí, el puñal que parecía pesado en mis manos llegó hasta la yugular del hombre. El sujeto se tambaleó hacia la ventana mientras se agarraba el cuello. Me acerqué y lo empujé, rompió el vidrio y se precipitó al suelo del patio.

Mi saco estaba cubierto de sangre y mis manos también. Y, por primera vez, pude notar el mal aroma que provenía de mi cuerpo. Solté el cuchillo mientras observaba la escena alterado. Intenté cerrar los ojos para despertarme, pero seguía en esa casa. Era consciente que era un sueño, pero por más que lo intentara, no podía levantarme. En ese momento algo llamó mi atención, las letras del manuscrito estaban desapareciendo. Las únicas que quedaban eran las que yo había escrito noches atrás. Di la vuelta y me miré al espejo, la barba de hace meses caía sobre mi pecho, mis uñas estaban larguísimas y mi saco negro, que me llegaba hasta las rodillas, estaba cubierto de sangre.

De repente escucho que la puerta de abajo se abre. Me escondo en el oscuro pasillo mientras oigo los pasos de la persona subiendo los escalones. Me vi a mí mismo, de espaldas, un iluso que en ese momento pensaba que, quizás, en unos días iba a poder terminar con su frustración y recuperar su creatividad para escribir. Antes de que pudiera entrar a la habitación lo tomé del hombro derecho, clavándole las uñas y le susurré al oído:

–Seguí escribiendo–

FIRMA: *EL HOMBRE DE LA CASA AZUL*